Baltasar Garzón

Conversación con Baltasar Garzón

Berta Rodrigo
Berta.Rodrigo@uv.es

Magistrado juez y abogado. Presidente de la Fundación Internacional Baltasar Garzón (fibgar) Pro-Derechos Humanos y Jurisdicción Universal con sedes en España, México, Colombia y Argentina. Director del despacho jurídico International Legal Office for Cooperation and Development (ilocad) con sede en Madrid y Jaén. Presidente y director ejecutivo del Centro Internacional para la Promoción de los Derechos Humanos de la UNESCO (Argentina, 2012-2016). Asesor de la Fiscalía de la Corte Penal Internacional (2010- 2011). Colaborador del departamento de Derechos Humanos de la Universidad de Washington (Seattle, Estados Unidos, 2011-2015). Autor de catorce libros, múltiples artículos y ensayos. Miembro del Consejo Consultivo de la Internacional Progresista. Miembro del Consejo Latinoamericano de Justicia y Democracia (clajud). Doctor *honoris causa* por veintinueve universidades. Miembro de diferentes organizaciones humanitarias, centros de derechos humanos y de mediación en conflicto.

En las postrimerías de uno de los años más inciertos e inauditos en todos los sentidos, a todos los niveles y en todas las geografías, compartimos reflexiones con el juez Baltasar Garzón quien termina de publicar su último libro, *La encrucijada. Ideas y valores frente a la indiferencia.* Apartado de la carrera judicial por investigar los crímenes del franquismo y acusado de prevaricación durante la instrucción del caso Gürtel —una de las mayores tramas de corrupción política en España—, sigue al lado de las víctimas de la dictadura y contra la putrefacción de las democracias viciadas por la corrupción, ahora como abogado y activista.

Señala en su libro que nos encontramos en una sociedad que ha perdido los valores más básicos como seres humanos, ¿qué indicadores le llevan a tal conclusión?

Es evidente que vivimos en una sociedad que, mayoritariamente, da la espalda a los grandes problemas que padece gran parte de la humanidad. Parece que lo repetimos como un mantra, pero es que hay una parte del mundo que goza de los avances y la protección del desarrollo económico y tecnológico que excluye,

o cuando menos pretende hacerlo, a esa otra parte de la humanidad que no puede alcanzar el mismo punto, bien porque durante siglos se le ha impedido, o porque, hasta ahora la primera ha explotado a la segunda, dando muy poco a cambio y consintiendo procesos de deterioro y falta de institucionalidad ante el riesgo de que piense por sí misma. Hay una crisis climática, una crisis migratoria, una crisis del sistema capitalista que sigue apostando por un modelo neoliberal excluyente de los más vulnerables y que potencia la desigualdad dando la espalda a millones de personas, que, a su vez, son quienes más sufren los efectos de la crisis medioambiental ... En definitiva, la humanidad, o, mejor dicho, lo que el «mundo civilizado» ha hecho de ella, está en crisis. El planeta se muere, mientras que el nivel de pobreza aumenta, la desesperación de millones de personas que sufren la falta de recursos es patente e insoportable y la desigualdad es tan enorme que solo cambiando el propio sistema económico en el que predominan la dictadura de los mercados, podemos evolucionar hacia un modelo sostenible en el que un economía responsable esté al servicio del ser humano; un mundo en el que la redistribución equitativa de la riqueza sea una realidad, equivalente a la contribución de los diferentes sectores sociales a la formación de esta; un mundo en el que el desequilibrio entre los más vulnerables y los que concentran la riqueza, desaparezca o, al menos, se haga menos evidente; un mundo, en fin, en el que la justicia social sea el eje sobre el que bascule la acción política de todos.

¿En qué consiste el cambio que usted propone?

Además de lo expuesto, mis propuestas nacen de la reflexión y del estudio de la realidad del mundo. He tenido la ocasión de observar de cerca la situación y la evolución en muchos países, y en todos se repiten los mismos esquemas y las mismas falencias. En lo institucional, están rebrotando comportamientos proteccionistas y excluyentes, e incluso xenófobos. Ahí están los casos de Polonia o Hungría, en el seno de la Unión Europea; o la potenciación de partidos, grupos o movimientos de extrema derecha en los que una de sus banderas es la de echar la culpa a los de afuera; a los migrantes; a los más vulnerables. Estos son estigmatizados y se les presenta como un peligro y no como parte necesaria de la solución. Hay que volver a los postulados clásicos de las migraciones como parte integrante del proceso cultural y de integración; como elementos para el desarrollo económico igualitario de los pueblos; como una necesidad para el propio desenvolvimiento y reforzamiento institucional. En segundo lugar, debemos cambiar paradigmas tradicionales tan negativos como obsoletos para lo que nos aguarda. La violencia de género que no cesa; el predominio de políticas patriarcales y de reticencia contra la mujer; el negacionismo del cambio climático, los impactos contra el medio ambiente; las guerras comerciales y arancelarias que aumentan los efectos negativos para la ciudadanía y que solo contribuyen a sostener esquemas de poder y control político; dotar a los

instrumentos internacionales de los medios necesarios para que realmente respondan como los nacionales al servicio público que deben llevar en el ADN que los ciudadanos y las ciudadanas, precisan para sobrevivir. El desarrollo de políticas verdes, de equilibrio con la naturaleza, la finalización de las políticas extractivistas y la recuperación del rol que la naturaleza debe tener en la preservación del planeta. El respeto a los pueblos originarios como garantes y protectores de aquella y no pretender acabar con ellos, como las políticas neofascistas de gobernantes como Jair Bolsonaro, cuyas apuestas en favor de la extracción maderera y de otros recursos naturales de la Amazonia, puede acabar con todos, con acciones que podrían integrar verdaderos crímenes contra la humanidad; o a quienes con el ánimo depredador e intervencionista, como Donald Trump, han exacerbado las acciones contra cualquier posibilidad de profundización en los mecanismos democráticos que, en primer término, deben abordarse desde el respeto y no desde el sometimiento colonialista.

Ante estos desafíos, quienes procedemos de lo que tradicionalmente se ha conocido como las izquierdas, tenemos la obligación de dar un paso más e integrarnos en el pensamiento progresista humanista que aúne sin fisuras en el marco de ese *new deal* regenerador, a los que compartimos una visión de mundo basada en un progreso desde el respeto a los derechos humanos, a la igualdad, a la diversidad, a la sostenibilidad medioambiental, donde los valores humanos y la ética primen en el desarrollo social y económico. Lo más importante es que las personas estén por encima de la política y de la economía.

¿Es posible salvar las democracias?

Para que la democracia subsista es necesario que pasemos a una democracia más participativa. Hay salidas negativas y parece que nos estamos dando cuenta, basta con mirar el resultado de las elecciones en Estados Unidos, que evidentemente tiene una gran influencia en el resto de mundo. Pero también vemos otros países como, por ejemplo, Brasil donde Bolsonaro sigue una política muy irracional; en Europa,en países como Hungría y Polonia el neofascismo va ganando terreno a

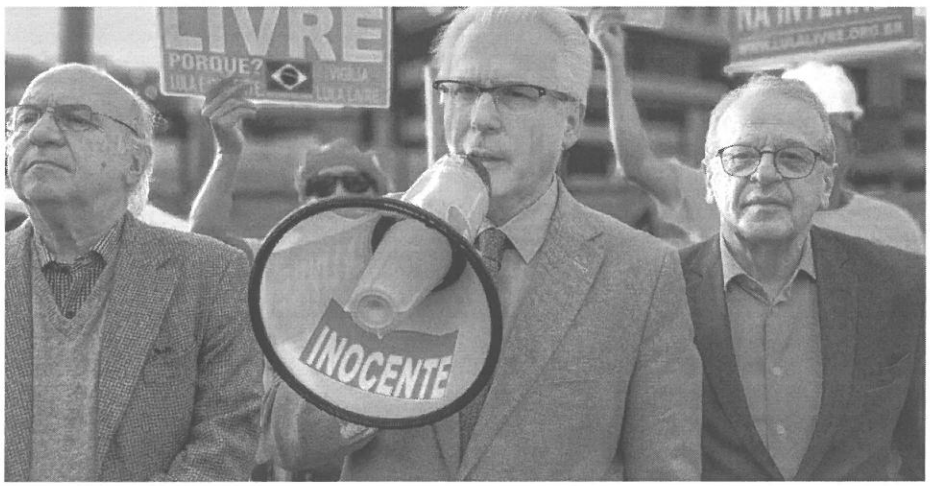
pasos agigantados. Así que tenemos una de cal y otra de arena. Los ciudadanos deben creer en la democracia, es fundamental que así sea y para ello los líderes tienen el deber de ponerse a resolver los problemas desde ya. Pero, también, se observan reacciones que se contraponen a aquellas tendencias políticas y exigen una atención especial. Ejemplos como la importancia del resurgimiento de movimientos sociales como los surgidos del denominado «estallido social» en Chile, que ha supuesto acabar con la constitución pinochetista de 1980 y la apertura de un proceso constituyente; la reacción popular ante el golpe de Estado, auspiciado por EE.UU. y la OEA en Bolivia que supuso la caída de Evo Morales y el acceso de un gobierno de facto durante un año y que tras las elecciones de noviembre de 2020, han devuelto la democracia; el propio resultado electoral en EE.UU., donde, a pesar de los millones de votos a favor de Donald Trump han decidido apostar por el modelo democrático tradicional, nos hacen pensar que no todo está perdido, y que tenemos la obligación de seguir sumando todos los esfuerzos y pasar de la indiferencia a la acción, de la indolencia a la proactividad en favor de ese modelo sostenible, plural, participativo, corresponsable, por el que me pronuncio en *La encrucijada*.

En este sentido, ¿cuáles son actualmente para usted las grandes amenazas para las democracias?

Las más graves y que requieren una intervención urgente son, por un lado, la corrupción y, por otro lado, la mentira y la desinformación. En relación con la corrupción es importante que los ciudadanos tomen el control y exijan responsabilidades a sus políticos, quienes a su vez deben estar obligados a rendir cuentas, es decir, debe haber una gestión transparente. La corrupción es incompatible con la democracia y para evitarla es clave poner en funcionamiento mecanismos de transparencia. El ciudadano debe entender que los corruptos atentan contra la moral y se benefician y apropian de las instituciones, sobre todo en tiempos de crisis. Por ello es importante tomar conciencia que podemos votar a cualquier demócrata, pero nunca a un corrupto. Este agrede a la democracia y busca los espacios sin control para depredar y destruir la propia idea de servicio público que es nuclear para la subsistencia de la democracia.

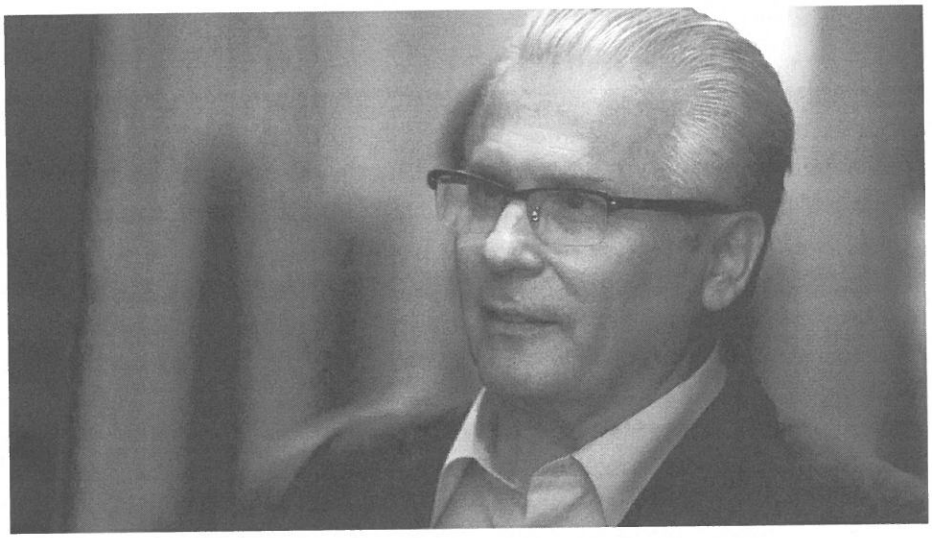
En cuanto a la segunda amenaza, la mentira y la desinformación, considero que su aumento es directamente proporcional al auge de la ultraderecha. La derecha y la ultraderecha siempre se han aprovechado de las noticias falsas, pero ahora con el coronavirus lo han exprimido al máximo. Podemos poner varios ejemplos: desde los tuits de Trump sobre el coronavirus pasando por los neofascismos de Hungría o Polonia... que alimentan informaciones xenófobas, contra los inmigrantes, negando la violencia contra la mujer o el cambio climático. Todas ellas son tremendamente negativas para la democracia. Las *fake news* son

un ataque directo a la democracia y atentan contra los derechos humanos. Y, por encima de todas, algo que ya he dicho antes y recorre transversalmente por todos los capítulos del libro, la indiferencia. Caer en ella y aceptar que lo que acontece a nuestro alrededor no va con nosotros, es ceder todo el espacio a quienes pretenden acabar con el modelo democrático. Por ejemplo, la moción de censura de Vox y algunas de sus consecuencias o de la política que sostienen, como los chats de los exmilitares golpistas, que no se pueden despachar con un simple «no forman parte de las fuerzas armadas» o «no es el criterio general de las mismas». No. Este tipo de comportamientos, incompatibles con los principios democráticos, tienen que ser investigados, dentro y fuera de las fuerzas armadas con una exhaustividad absoluta y sin minimizar estos.



Advierte usted del auge de la extrema derecha y del fascismo en los últimos años...

Sin duda alguna es la peste que amenaza las democracias en la actualidad, porque aprovechan el juego democrático para entrar en los parlamentos. Nunca se pensó que el fascismo asomaría de nuevo en España, pero aquí está. Siguen el mismo esquema que los nazis. El fascismo ha vuelto a aparecer en el mundo. Sin ir más lejos hace pocos días la Real Academia Española presentó las nuevas incorporaciones al *Diccionario de la lengua española* y entre las más de dos mil palabras nuevas estaban los términos *fascistoide* y *parafascista*. Es decir, términos del siglo pasado se incorporan a un diccionario del siglo XXI porque todavía hoy siguen respondiendo a una realidad social, cuando su uso debería quedar reducido a un grupo de profesionales, como sería el de los historiadores, entre otros. Pero para nada usarse para reflejar la polarización política y social del año 2020.



¿Qué hacemos con el capitalismo?

Como antes he dicho, la economía actual es una invención humana que se rige por una serie de normas y de principios que se alejan de la ética y de la moral. El neoliberalismo nos está llevando a un callejón sin salida que, precisamente con la crisis sanitaria de la Covid-19, se ha acentuado todavía más poniendo de manifiesto la gran insolidaridad entre el Norte y el Sur.

Sin duda alguna el capitalismo hay que humanizarlo, al igual que la economía y los procesos de producción ponerlos al servicio de la humanidad y no al contrario, como hasta ahora. Además, la buena nueva es que es posible hacerlo sin menguar libertades. Ahora bien, esto pasa por un gran trabajo de cooperación y cogobernanza, es imposible hacerlo desde la unilateralidad.

En los últimos años ha mostrado también su preocupación por los delitos contra el medio ambiente. ¿Cree que estamos cerca de que el ecocidio sea tipificado como un crimen contra la humanidad?

La inclusión como tal delito de persecución universal es necesario. Hay que tener presente que el medio ambiente se ha convertido en el blanco de explotaciones por parte de organizaciones criminales y grandes corporaciones, y lo hacen de manera arbitraria y abusiva. La comunidad internacional está trabajando para conseguir que una legislación internacional que lo evite, pero es un trabajo arduo. De momento en 2018 la ONU aprobó una resolución, el Pacto Mundial por el Medio Ambiente, cuyo propósito es sentar las bases de un derecho ambiental

internacional. Es muy importante desarrollar una legislación internacional que sanciones crímenes medioambientales, pero para ello es clave la cooperación gubernamental, y esto no se está produciendo, o no al menos a la velocidad esperada. Y realmente es una pena porque hay una salida hacia un planeta sano y sostenible, en equilibro con la naturaleza y, sorprendentemente, este camino lo están marcando los jóvenes. Son ellos quienes están capitaneando esta batalla contra el cambio climático, la deforestación, la contaminación de los mares... y la decena de problemas más que existen y amenazan a nuestro planeta y, en definitiva, a nosotros como especie. Tenemos el derecho humano a tener un medio ambiente saludable. Por ello, desde hace años, desde la fundación FIBGAR, que presido, desarrollamos los nuevos principios de la jurisdicción universal; en los cuales incluimos los crímenes medioambientales como una de las variables de los crímenes contra la humanidad y nos pronunciamos por la inclusión del ecocidio como quinto crimen de persecución internacional en el Estatuto de la Corte Penal Internacional.

Si hubiera sabido que investigar los crímenes del franquismo le iba a suponer la expulsión de la carrera judicial, ¿lo hubiera hecho de igual modo?

Sí. Yo sabía a lo que me arriesgaba y lo asumí. A lo largo de mi carrera judicial nunca he renunciado a la protección de las víctimas y esta vez no iba a ser una excepción.

Hay muchas maneras de solucionar la interpretación de una ley y en mi caso se tomó la decisión que solucionarlo a través de un proceso penal y con una sentencia condenatoria de la cual todavía discrepo y sobre la que todavía no se ha dicho la última palabra, pues queda el pronunciamiento del Comité Internacional de Derechos Humanos de Naciones Unidas. En cualquier caso, mi compromiso con las víctimas y con la justicia sigue puro e inmaculado solo que ahora lo ejerzo como abogado, también como activista y a través de la escritura.

El Gobierno va a poner en funcionamiento una comisión permanente contra la desinformación ¿qué opinión le merece?

Que haya una comisión permanente contra la desinformación no me preocupa en exceso. Lo que sí que me preocupa es saber dónde se ubica, quién la dirige y cómo se hace, porque la libertad de expresión hay que protegerla y asegurar al ciudadano que no está sometido a ningún control ni espionaje. Hay que definir esta comisión con una claridad meridiana para que realmente responda a la protección de la libertad de expresión. En mi opinión debería ser una agencia independiente con unos controles parlamentarios. La pandemia ha puesto en

evidencia que es necesario defenderse de las *fake news*, tal y como he dicho anteriormente, ya que en ocasiones las noticias falsas pueden incluso afectar a la seguridad del Estado. Es el momento en que, en línea con la normativa europea, dotemos de absoluta seguridad jurídica y política a todos los ciudadanos en esta materia.

BERTA RODRIGO es licenciada en Historia y Periodismo, y posee un máster en Derechos Humanos, Democracia y Justicia Universal por la Universitat de València. Ha trabajado en distintas administraciones públicas en calidad de documentalista, así como también ha desarrollado su perfil de comunicadora en la misma universidad donde se ha formado y en medios de comunicación como *Le Monde Diplomatique*. Es autora, entre otros libros, de Vidas comprometidas. *Víctimas que luchan miedo los Derechos Humanos* (2015).